

vida. Pero el cáncer que envenena nuestra sociedad, más que la inhibición de los que no son marxistas, es la pasividad de los católicos. Ha llegado el tiempo de actuar, afirmó; pero no con una acción solitario, sino unificada, es la minoría la que dirige a la masa, España necesita una minoría conquistadora. Minorías que actúen en todos los campos y que puedan desarrollar un gran influjo; sólo hace falta una cosa: el convencimiento y la acción.

Finalizó el turno de intervenciones don Enrique Zuleta Alvarez, argentino y católico, por tanto hispanista. Afirmó que «por América llegamos a España, y sólo desde España podemos proyectarnos a una comprensión abarcadora de la peculiaridad que nos caracteriza. Estamos entonces ante ese ente histórico que Macztu definió como la hispanidad y que debe ser declarado como premisa fundamental toda vez que un americano se refiera a la realidad fundadora de su existencia». Debemos reflexionar sobre la índole de la crisis actual desde una perspectiva que afirme la vigencia indubitable de la hispanidad. Dijo que «nuestros pueblos habrán de contar con la verdad de una doctrina y la bondad de una voluntad firme en el obrar ejemplar; todo ello bajo el imperio dulce de la caridad que proyecta su sentido trascendente sobre las penurias de una historia que sin la fe quedaría reducida al sin sentido pagano».

Enfatizó la necesidad de reactualizar la tradición hispánica y católica para los pueblos hispanoamericanos, concluyendo su intervención con una vibrante alusión al reencuentro con lo mejor del alma de la juventud española, expresado inmejorablemente por Rubén Darío en los versos que resonando en nuestros oídos pusieron fin a esta reunión:

«Mientras el mundo aliente, mientras la esfera gire,
mientras la onda cordial aliente un ensueño,
mientras haya una viva pasión, un noble empeño,
un buscado imposible, una imposible hazafia,
una América oculta que hallar; ¡vivirá España!»

E. M. D.

DISCURSO DE JAVIER URCELAY

Un año más nos reunimos para conmemorar la festividad de San Fernando, nuestro Santo patrón y protector. Un año más que tiene, no obstante, algo que lo singulariza y da especial relieve, y es el hecho de que éste puede ser el último año que nos reunamos bajo la techumbre de un Estado que, al menos nominalmente, sigue siendo, y lo seguirá siendo todavía hasta la aprobación de la Constitución, confesionalmente católico.

El mayor infortunio que este desdichado 1978 está a punto de deparar a los españoles es la consumación oficial de la pérdida de nuestra unidad católica, la que, no nos cansaremos de repetirlo una y mil veces con Menéndez Pelayo, constituía la mayor riqueza que los españoles poseíamos como nación, base no sólo de nuestra unidad nacional —como se ve en estos días de separatismo a nivel de patio de vecindad—, sino también de nuestra identidad colectiva como Patria, como Tradición en marcha, como multisecular empresa en la historia universal.

De la mano del Estado laico y excéptico han llegado también a España en estos tiempos sus lógicas secuelas:

- La inmoralidad en las costumbres.
- La separación creciente de la Iglesia y el Estado.
- Los atentados contra los derechos de la familia a su estabilidad y a la educación de sus hijos.
- El desconocimiento, en suma, de todos los preceptos del derecho natural y, especialmente, del principio de subsidiariedad, acogotado y asfixiado por un totalitarismo liberal que no es sino una etapa larvaria, previa al colectivismo socialista que llegará detrás.

En este 1978 la Revolución, tantas veces, como inútilmente, denunciada por Eugenio Vegas en los mismos inicios del Estado Nuevo, pero oculta y subterránea hasta ahora, ha salido a la superficie mostrándose en toda su dimensión, consciente de la solidez de las posiciones conquistadas. Con ello, España, rompedora hasta ayer de la cristiandad frente a los embates de la marea revolucionaria, se incorpora plenamente al mundo llamado moderno, justamente en el momento en que éste, ya agónico, inicia casi su descomposición.

- Con aquel seísmo social, cuyo epicentro estuvo en los sucesos del mayo francés del 68, de los que este año hemos cumplido el décimo aniversario, y cuyas últimas sacudidas probablemente estén por producirse;
- con el actual despliegue diplomático y militar —bajo formas de terrorismo político en Europa y de guerrillas en el tercer mundo— del imperialismo soviético;
- con el debate total y en todos los ámbitos (político, social, cultural, moral y económico) —incluso en los hasta ayer considerados como neutros— planteados merced a la hábil táctica gramsciana del Eurocomunismo;
- la civilización llamada occidental sufre hoy el último asalto por parte de la Revolución.

La vieja civilización occidental cristiana, surgida en el entorno europeo de la predicación apostólica y la conversión de la cultura greco-latina, culminada en aquel espléndido siglo XIII, marcado por la sabiduría del aquinatense y la prudencia del Papa Inocencio, en el que se dieron los dos productos más genuinos de la cristiandad, las figuras del caballero y el santo, inmejorablemente conjuntadas en nuestro santo rey Fernando, el que en las batallas llevaba una imagen de marfil de la Santísima Virgen en el arzón de la silla de su caballo, esa cristiandad occidental que fue causa de la más elevada civilización hasta ahora conocida, toca así ya hoy a su fin, víctima de problemas nuevos a los que no se supo encontrar a tiempo la adecuada solución y, sobre todo, de las fisuras introducidas en su edificio, primero por el enfria-

miento del espíritu interno que le daba vida, y luego por las desviaciones doctrinales del humanismo renacentista, la reforma luterana y sus herederos liberales y marxistas.

Vivimos, pues, en un momento crucial de la historia universal, en el que al periclitar una civilización, la occidental, se asiste al difícil alumbramiento de la que ha de sucederla. Encrucijada que tiene, por lo demás, planteamientos teológicos, puesto que para esa nueva civilización solamente se presentan dos alternativas: o la Ciudad de Dios, la Ciudad Católica, o la Ciudad de Satanás.

El Príncipe de este mundo, como lúcidamente expuso Marcel de la Bigne en su conocido librito *Satanás en la Ciudad*, convencido de la mayor eficacia de su nueva táctica, trata por todos los medios de apoderarse de las nuevas leyes e instituciones para usurparlas y convertirlas en instrumentos suyos. Su objetivo, el dominio mundial bajo formas de un totalitarismo ateo, cada día más cerca, al ritmo de 50 millones de seres humanos que caen anualmente bajo la tiranía comunista, es, sin embargo, irreal y utópico, estando irremediablemente condenado al fracaso, incluso a pesar de los Gulags y los tanques soviéticos, porque la naturaleza humana no puede pisotearse impunemente por tiempo indefinido. Así lo confirma ese hecho paradójico, contradictorio, puesto recientemente de manifiesto por Ionesco en unas declaraciones publicadas en el diario ABC: los países donde el marxismo ha desaparecido son precisamente Rusia, Hungría, Rumanía, Checoslovaquia..., naciones en las que a pesar de sus regímenes comunistas, poco más queda de las doctrinas de Marx, tan propaladas en la vieja Europa, que el oportunismo de los funcionarios del Estado y del Partido, mezclado con un afán imperialista mal disimulado.

Por otra parte, es indudable que el incremento de las relaciones internacionales, los adelantos de la técnica y las comunicaciones, determinan que la nueva civilización por hacer sea necesariamente de ámbito mundial, una civilización ecuménica.

Pues bien, esa civilización ecuménica será, además, una cristiandad católica, una nueva «Universitas cristiana» que llegará de mano de una nueva primavera de la Iglesia cuyos albores presagiaba el gran Pío XII en medio de los rigores de este crudo invierno progresista en el que nos hallamos. Una nueva catolicidad alumbrada por la Iglesia, la única que por su divino origen, doctrina verdadera, su conocimiento profundo de la naturaleza humana y por su universalismo misional sin fronteras, puede ofrecer la respuesta integral a los hombres y las sociedades.

Pero el momento que Dios ha querido que nosotros vivamos no es tiempo de culminación, sino de interregno, tiempo de tinieblas entre el ocaso y ese nuevo y luminoso amanecer en el que esperamos.

Se avecinan, pues, días difíciles, días de apertasia o martirio, en los que ya no habrá paraísos fáciles, si es que alguna vez los hubo, sino caminos ásperos, cuesta arriba; una dura cuaresma de ceniza y ayuno, como expresaba Martínez Bande, que sólo los fuertes de ánimo, de fe y de voluntad podrán superar.

Nos es precisa la misma fortaleza y confianza en Dios que tenía San Fernando: «Teman a los hombres los que en los hombres confían, que los que sólo en Dios confían no temen sino a Dios».

La misma fe y voluntad que es capaz de vencer los imposibles, la de aquel capitán español que, plantado frente a un inmenso continente poblado con millones de habitantes, con un puñado de soldados, pega fuego a sus naves y exclama: «Marchemos, haciendo que la imposibilidad se convierta en suceso histórico».

Nuestra misión ante esta hora crucial de la historia es resistir, pero no contra toda esperanza, sino, por el contrario, con fe en nuestra fe y seguridad en nuestra seguridad. La tarea a la que estamos convocados no es la de salvar tan sólo los restos del naufragio, sino, ante todo, la de preparar y acelerar en la medida de nuestras posibilidades la llegada de la civilización ecuménica católica en que la Iglesia deposita sus esperanzas.

Con nuestra Ciudad Católica más como meta que como nostalgia, somos nosotros los que con nuestro trabajo y nuestra oración —con una mano construir el templo y con la otra sostener la espada— podemos adelantar el triunfo, acortando los días a este tiempo de pasión al que la civilización moderna, y España con ella, se han precipitado.

Que en este final del mes de mayo, tradicionalmente dedicado a nuestra Madre, la Santísima Virgen que quiso en Fátima alertar nuestra vigilia y confirmar nuestra esperanza en esa nueva catolicidad, nos ayude a vivir ya en cada uno de nosotros y en nuestro círculo de amigos de la Ciudad Católica esa nuestra certeza del reinado final y definitivo, personal y social de Jesucristo Rey.

He dicho.

DISCURSO DE PALOMA SANCHEZ

El triunfo de la minoría

Asistimos en nuestros días a una revolución, lenta y progresiva, que está transformando todos los órdenes de la vida: social, político, religioso...

Ya el Renacimiento cambió la imagen teocéntrica del mundo, propia de la Edad Media; por una visión antropocéntrica que termina en la apostasía inmanentista de la Edad Contemporánea. Las ideas revolucionarias que surgen en el siglo XIV, cuajan en la Revolución Francesa y en todas las revoluciones de los siglos XIX y XX.

A esta confusión ideológica, que arrastra siglos, viene a sumarse en nuestros días un ateísmo militante que intenta barrer la idea de Dios, matar a Dios, y, como consecuencia, matar al hombre.

Sin embargo, el comunismo fue expulsado de nuestra patria. Los españoles de hace cuarenta años supieron vencerle porque el comunismo realizó un ataque frontal a una sociedad como la española, empapada de cristianismo hasta la médula.

Hoy, sin embargo, el problema se ha agudizado, un cambio de mentalidad se produce en pocos años, ya no se necesitan siglos, las cabezas pensantes pueden mentalizar a un país gracias a una profunda acción psicológica de los medios de comunicación social.

Por este motivo, el comunismo sabe que sólo penetrará en nuestro país a través de una minoría de intelectuales que, apropiándose de los puestos claves, difundan una visión atea del mundo y de la vida. Precisamente porque nunca ha estado más empeñado que ahora en hacerse con el poder, irá conquistando no sólo los cuerpos, sino, sobre todo, las almas: se trata de controlar la cultura desde la Universidad hasta EGB.

No perseguirá cruentamente a la Iglesia, sino arrancará la fe de los corazones haciendo que los mismos pastores abandonen su rebaño, creando divisiones, enfrentando la base con la jerarquía, cambiando la piedad por la política, sustituyendo una visión trascendente por otra inmanente, terrenal, que no piensa en el más allá.

Ahora bien, ¿cuál es la raíz profunda de una situación que ha llegado a